AÑO XVI. — Nº 736.

EL DIA

MONTEVIDEO, FEBRERO 23 DE 1947.



Avenida Centenario.



Playa Ramírez.



Parque del Cerro



Teatro Solís.



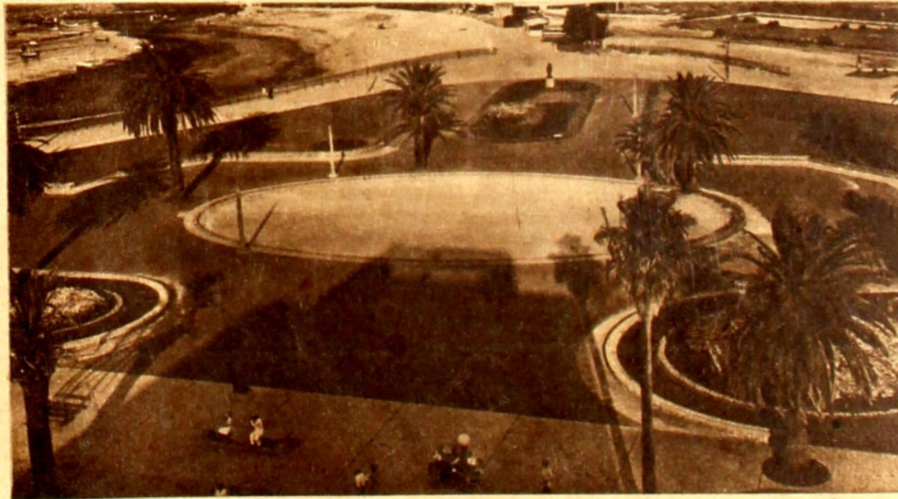


Avenida Agraciada.

INGENIERO JUAN P. FABINI, a quien la ciudad de Montevideo debe su magnificencia presente y el avance hacia su futuro de perfección. Estructuró planes de urbanismo; conformó la ciudad moderna respetando valiosas creaciones antiguas; trazó ramblas, avenidas y calles; habilitó parques, paseos, jardines y espacios libres; aseguró la salud y la higiene de la población con instalaciones de grandes redes de alcantarillado; abordó el problema del abastecimiento de alimentos, proyectando un gran centro de distribución y numerosos mercados vecinales; puso en ejecución un serio programa de viviendas populares; dió el primer paso fundamental para la municipalización de los servicios de transporte colectivo de pasajeros adquiriendo la empresa tranviaria. Su notable obra es reconocida por el pueblo entero. Al terminar su mandato, calificados hombres públicos dijeron de él: "Ha sido un perfecto administrador de los intereses municipales". "Es el maestro de Intendentes". (Fotos J. y R. Caruso).



Playa Pocitos.



Zona de Trouville.

ATAVIO DEL GAUCHO ORIENTAL

Al reanudar hoy, en este "Suplemento" y después de prolongada vacación, mis notas relacionadas con el gaucho oriental, me propongo relegar la faceta episódica, posponiendo lo pintoresco a lo didáctico. Esto quiere decir que seré algo pesado. Voy a endilgar a los lectores —aprovechando la sugestión que sobre ellos ejerce la varonía y la áspera nobleza del pueblo gaucho, virtudes ambas que en toda ocasión eclipsan los centelleos de su elemental instinto—, un apunte que deberán tolerarme, embozando su hastío bajo una indolente benevolencia, característica de todo lector dominguero y sin prisa. En este ciclo de notas, no me detendré en el apeadero en cuyas estancias, entre marcos de acicalada talla, se ilustran las escenas de un pasado tan lucido de gloria y tan lleno de generosa guapeza, que su evocación nos yergue en un rapto de arrogante ufanía patriótica.

Lo dedicaré al indumento del gaucho y a sus armas. Repito que será ésta una nota de carácter casi didáctico, con cierto tono magistral de cátedra, al que no me avengo con agrado; una especie de revista o de vocabulario, enumerando las ropas usadas por el gaucho y, especialmente, ya que no se concibe al gaucho sin su caballo, un detalle de las pilchas con que enjaezaba a su insustituíble compañero. El insustituíble compañero del gaucho: el caballo. El compañero inseparable que era

"... su sombra en el verano,
su brújula en el llano,
su amigo en la soledad."

¡El caballo del gaucho! El noble bruto al que le cantan los Contreras y los Vegas, cuando envejece rendido por la fatiga y los años: "Ah, mi moro, el cielo quiera que acabemos la carrera muriendo juntos los dos."

Desde luego, al referirme a la ropa del gaucho, a su apero y a sus armas, debo aclarar que cuanto diga, sólo define y alude en términos generales a todo ese indumento. Cuando expreso, por ejemplo, que el gaucho usaba chiripá, no quiere ello decir que no pudiera encontrarse un gaucho que no lo llevara; cuando me refiero al venenao como arma característica, tampoco ello significa que no hubiera gauchos que usaran facón con puño de plata o de madera sin retobo. Hablo en términos generales. En la indumentaria gaucha, la coincidencia de los estilos o la semejanza de los modelos, obedecía tanto al hábito regular y corriente del gauchaje en el vestir como al capricho individual. Ciertamente, prevalecía una afinidad, una expresión colectiva del traje. Una regla, un método coordinado por las exigencias del ambiente, la rusticidad de las faenas, la penuria de los arbitrios, los riesgos y los azares de la vida gaucha. Y, precisamente, esa disciplina obligatoria del atavío, reducía las excepciones.

* * *

El gaucho tocábase con un chambergo u hongo de paño, de angostas alas, copa alta de líneas cónicas y barboquejo. "Panza'e burro", solía llamársele. Usaba, también, por sobre la cabeza, un pañuelo que cubría su nuca sujetando el cabello que llevaba largo, a veces hasta con trenzas. Serenero, denominábase esta prenda. A menudo llevaba ambas prendas simultáneamente.

La vincha, pañuelo colocado en círculo sobre la frente y anudado en la nuca, no se usó jamás con el sombrero. Tampoco fué prenda específica ni frecuente del atuendo del gaucho. El gaucho la llevó en raras ocasiones, como prenda accidental, para algunas faenas que gustaba realizar "en cabeza", como la jineteada de un bagual, una boleada de ñanduces o los rudos lances de la montonera. Faltan, pues, a la verdad costumbrista, los elegantes gauchos modernos que suelen alardear en algunos desfiles criollos, ostentando ancha vincha bajo el chambergo compadrón. Gauchos de utilería.

El chiripá es prenda de origen rioplatense. Algún conquistador, en trance de ocultar sus desfondados greguescos —como apunta Lugones—, se echaría una manta entre las piernas, a modo de taparrabos. De esas bragas rudimentarias, nació el chiripá, especie de bombacha abierta, de amplio vuelo, que torna expedita la acción y desembaraza los movimientos del agente. Los había de distinta calidad y variadísimos colores. En las Trovas Gauchas de Ascasubi, el gaucho oriental Jacinto Amores le hace a su aparcero Peñalva, del Queguay, la completa relación de las fiestas que, conmemorando el aniversario de la jura de la Constitución, se hicieron en Montevideo, en julio de 1833:

"Yo, aunque soy un pobre gaucho,
me creo igual al mejor,
porque la ley de la Patria,
como las leyes de Dios,
no establece distinciones
de ninguna condición
entre el que usa chiripá
o el que gasta casacón."

Nuestro Hidalgo, en el "Cielito a la venida de la Expedición" alistada en Cádiz a órdenes de O'Donnell, dice:

"El conde de no sé qué
[(conde de La Bisbal)
Dicen que manda la armada,
Mozo mal intencionado
Y con casaca bordada.
. . . .
En teniendo un buen fusil
[(los patriotas)
Munición y chiripá
Y una vaca medio en carnes,
Ni cuidado se nos da."

Y Hernández, en cuyo "Martín Fierro" el estudioso explora siempre con fortuna, nos previene que la amplitud del chiripá podía ser una traba en los bravíos lances de la esgrima criolla. Es cuando relata la pelea de Fierro con el indio. En el terrible y dramático trance, se enfrentan la cautela del pampa y la serenidad del gaucho. En esa imponente contienda en la que "tocaban a degüello", a Fierro le

"... sucedió una desgracia
en aquel percance amargo;
en momentos que lo cargo (al indio)
y que él reculando va,
me enredé en el chiripá
y cái tirao largo a largo."

La camisa, el chaleco y la chaqueta eran prendas de uso general. Las dos últimas, cortes y abiertas sobre el cinto o tirador; pobres o lujosas con botones metálicos, según los recursos de quien las portaba. Eran ropas sin los abigarrados arabescos que transforman en ascua de oro las pecheras de las chaquetas con que se equipan los gauchos de carnaval. El gaucho llamaba pilchas tanto a las prendas del vestido como a las del apero; y si era pobre, rotoso, se le motejaba de despilchao o de bien empilchao en el caso opuesto.

"Era un mozo forastero (Picardía)
de muy regular presencia
. . . .
pero andaba despilchao
no tráia una prenda buena."

Poncho es voz indígena y prenda autóctona americana. Es una pieza cuadrangular, de paño, con una abertura en el centro —al correr longitudinal—, para pasar la cabeza y que se calza sobre los hombros. Su uso ha llegado hasta nuestros días. Al gaucho le servía como prenda de abrigo y defensa. Arrollado en el antebrazo izquierdo, era su escudo en la pelea. Vizcacha usaba un poncho calamaco, de tejido ordinario, procedente de los telares santiagueños. En "El matrero Luciano Santos", de Lussich, el gaucho Mauricio Baliente afirma:

"Al gaucho guapo y altivo
Siempre la suerte lo ayuda,
Y con su poncho se escuda
Y hasta le sirve de estribo."

El poncho solía llevarse de gurupa, es decir, arrollado y sujeto con tientos a la cabezada trasera del recado.

El calzoncillo era de amplísimas perneras, con flecos y randas y calados que le daban vuelo sobre el pie. Esos adornos se llamaban cribos y asomaban muy vistosos bajo el chiripá. Ambas prendas, calzoncillo y chiripá, se sujetaban a la cintura con un fajín o ceñidor de lana. Sobre éste lucía el ancho cinto o tirador de cuero. En el tirador acumulaba el gaucho los adornos y las taraceas de plata, transformándolo en joya, tosca pero suntuosa para la época. Por delante del tirador, a manera de enorme y lujoso broche que sustituía la hebilla, destacaba la rastra. Generalmente era un disco de plata, de repujada talla, muy pulida faena de platero. Del disco arrancan dos o tres cadenillas terminadas en botones que ajustan en los ojales del tirador. Al referirse a esta prenda, dice Francisco Javier Muñiz: "Faja construída de gamuza, ante o becerro, con tiras de tafilete; o de casimir o paño punzó, bordada de seda de colores, hilo de plata o de oro. Le ponen por botones pesos fuertes ayuntados, o monedas menores de plata y también onzas de oro." Cuando el gaucho Aniceto el Gallo andaba en busca de un imprentero que le editara su Gaceta, (Velay que de gacetero se presenta un gaucho neto...), se topó con un "carcamán de antiojos, desconfiao y retobao", que le exigió el pago por adelantado. El Gallo, con gesto sobrador, echó mano a su tirador y le largó el imprentero un rollo de papeles overo-rosaos (billetes bonaerenses de 500 pesos de la época), que le hizo abrir tamaños ojos al gringo.

La bota de potro es calzado genuinamente gaucho. Para su confección, se saca completo el cuero de las patas traseras de un potro, desde sobre el corvejón hasta la cuartilla. Luego de bien extirpados los pellejos de la parte interior, dejando el cuero limpio, se apelambra o no, según la boga corriente o la preferencia de quien las lleva. El cuero, así preparado, no se curtía, pues los gauchos carecían de elementos para ello. Pero se sobaba, y muy bien sobado, pacientemente sobado a maceta y mordaza, hasta dejarlo flexible y suave. Amoldado luego a la pierna y al pie del hombre, de manera que se adaptara cabalmente, constituía una bota de montar rústica pero cómoda para las jineteadas bravías o los ilimitados galopes. La punta de ese primitivo calzado se dejaba abierta, para que sobresalieran desnudos los dedos. El jinete necesitaba tenerlos desnudos para coger entre el pulgar y el índice el estribo de entonces, que era un simple nudo en el extremo de la ación. Los gauchos, generalmente, estribaban entre los dedos, como Vizcacha.

En esta relación de los elementos integrantes de la indumentaria gaucha, es oportuno incorporar cuatro prendas más. Una, imprescindible, de fundamental importancia, y las otras de limitada entidad. Son las espuelas, el chifle, la guayaca y el yesquero. Las espuelas tenían grandes rodajas de ocho puntas. El gaucho las llamaba nazarenas o lloronas. Con ellas estimulaba al caballo, y cruzando llanadas, de cara al cielo, ponía en el galope generoso del pingo sus afanes de libertad. Otras veces, deseando aspirar con delicia en un indolente y sobrio vagar la fragancia de los gramillares, hacía llorar contra el suelo bajo su calcañar, la estrella de las lloronas. El indio no usaba espuelas, pero a veces aguijaba a su flete con un cuernito de venado sujeto al talón del pie desnudo.

Con un asta grande de vacuno, convenientemente dispuesta, con tapón fijo de madera en la base y tapa cambiable del mismo material en la boca, el gaucho aderezaba un recipiente para transportar líquidos sin peligro de rotura. Era el chifle. El gaucho oriental Julián Giménez, decía:

. . . .
Quiero hacer un gorgorito;
Ya el buche lo pide a grito
Porque tengo limpio el chifle."
(Lussich).

La guayaca se hacía con una vejiga de vacuno o con el buche de un avestruz. También se confeccionaba en cuero muy sobado. Consistía en una bolsita para guardar tabaco o dinero. Era, pues, unas veces tabaquera, otras talega. También se le llamaba chuspa. En casa de mis padres alcancé a ver una, de largo buche de ñandú, con jareta de tientos trenzados.

"Antes de rumiar, acabe,
Que diay le daré tabaco;
Tengo en la chuspa un guen naco
Aromático y muy suave."
(Lussich).

Con el extremo agudo de un cuerno de vacuno, con un cuernito de venado o con una cola de tatú o de peludo, fabricaban el yesquero. Avío de señalada utilidad para el gaucho pitador. A campo raso, ni la lluvia ni el viento le impedían saborear el placer de fumar un cigarro de picadura envuelta en chala, prendido en la brasita de la yesca, que encendieron las chispas del pedernal.

Y ya es hora de que cierre el pico "después de tanto charlar", dejando para otra nota el detalle del apero y de las armas del gaucho.

José Alberto Aboal Amaro



AMELIA ELENA DOMINGUEZ CAMPORA RUPRECHT.

El fallecimiento de esta niña ha producido una pena tan honda que solamente los sollozos extrangulados de angustia, y no las pueriles palabras de condolencia, podrían manifestar. Tenía una juventud radiante — diez y seis años, apenas — y a la gracia y belleza unía los dones de la simpatía, de la clara inteligencia, y muy fina espiritualidad que hicieron esplendorosa su vida, ¡tan breve!

"HACIA NUEVOS RUMBOS"

MONUMENTO DE JOSE BELLONI



UN nuevo monumento espera el momento de ser erigido en nuestra ciudad. Se trata de "Hacia Nuevos Rumbos", un grupo de estilo criollo, creación del escultor José Belloni. Ha puesto el artista en este conjunto toda la gama de una tradición que nuestro arte no debe jamás olvidar. "Hacia Nuevos Rumbos" simboliza la perpetuación de la raza y está concebido en forma sencilla y real. Montado en el noble bruto, compañero inseparable de todas sus rutas, el criollo lleva en ancas a su china. Seguro de su destino, va a formar una nueva familia y escruta el horizonte con el señuelo fiel de su fuerte brazo levantado, donde la mano bañada en la tierra natal, da sombras que cobijan el pensamiento y la mirada. Ella con la agradable sumisión de la mujer que confía en el hombre elegido, se deja llevar con el abrazo esbozado y apoya casi los labios en el hombro firme como un bautizo de amor, al iniciar la marcha hacia la nueva vida... El caballo respira ansiedad en las narices dilatadas y espera la orden.

Belloni no ha olvidado detalle. Estos se hallan en la obra marcando cada uno notas que descifran la música de nuestros campos. La realidad del hermoso grupo escultórico, no está enmarcada dentro de la frialdad, o de sólo un oficio sabido: hay algo más, existe una emoción latiente que se trasmite con la sinceridad que ha puesto el escultor en modelar con fuerza la verdad de nuestra tierra y antepasados. La forma va rotando, resbalando en el volumen de dibujo definido, y la manera característica de Belloni, cuidadosa y respetuosa de la proporción, va sembrando la semilla con partículas de arcilla que poco a poco florecen en la nitidez plena de un conjunto armonioso. Hemos visto el monumento en tamaño original, de grandes dimensiones, terminado en barro, y en el momento en que se hacía la entrega simbólica de éste al Intendente Ing. don Juan P. Fabini, que encargara la obra al escultor. Nos ha parecido que una vez pespetuado en el bsonce, cobrará relieves más salientes aún, ya que el noble material ratifica la fuerza que el artista ha puesto en su obra y la conserva intacta como algo eterno. Nuestra ciudad necesita de estos monumentos que enaltecen y recuerdan la historia de nuestra patria. Historia que se fué grabando con la nobleza del espíritu y con la lanza de sus hijos, y a la que sólo el relucir del bronce puede encontrar digno intérprete. Es tal vez uno de los mejores grupos nativos que ha realizado Belloni. No sólo por sus valores plásticos, sino por como se adentra en el sentir, ya que derrama a la vez todo lo que constituye parte integrante de nuestra raza.

Lo vigoroso y noble, lo tierno y fiel. En este tema, simple y fácilmente comprensible, ha volcado Belloni un conjunto de valiosas virtudes que hacen de su concepción un indudable acierto. Estudiado con fidelidad al natural, no por ello el artista descuidó la composición y la expresión, que son patrimonios de la creación. Se verifica en la dignidad de los personajes que, aún con la vestimenta característica y humilde de aquellos tiempos, traducida en la aspereza de las botas de potro, ha sabido captar la gracia en los pliegues del poncho y, sobre todo, en el vestido de la china, que se ciñe con estudio de volúmenes en las firmes piernas y se reparte escalonadamente, cubriendo el anca del animal, que sostiene con fuerte anatomía este delicado detalle. Contraste de dos fuerzas que se complementan en la vida y en el arte. Su emplazamiento dará relieves destacados a la zona elegida, que es el eje de la plazuela Jackson, frente al casino del Parque Hotel. Y la Rambla Sud, como una larga rienda sostén de nuestra amistad hacia el turista, albergará en el bronce los puntos de escala hacia rumbos retrospectivos que evocan la historia de un país libre... — *E. V.*







Ya en la calle, no obstante llevar un plan de trabajo bien definido, la nurse sanitarista no pierde la oportunidad de conversar un rato con las madres que encuentra a su paso. Todo momento es bueno para enseñar al pueblo a defender y a mejorar la salud de los niños.



Como lo muestra el grabado, los actos de la nurse despiertan un gran interés en el niño, constituyendo un buen procedimiento de educación sanitaria, por la vía del ejemplo y la experiencia propia.



Aquí vemos a la nurse sanitarista en el momento de visitar una casa de vecindad de los suburbios fraybentinos. Viven allí varias familias con numerosos niños, cuyo estado de salud es vigilado atenta y constantemente por la nurse.

Cómo Trabaja una Nurse Sanitarista en Fray Bentos



El director del Centro de Salud de Fray Bentos, Dr. Hugo Bascou, realiza un examen médico completo a un niño que, desde su nacimiento, se halla inscripto en los registros de ese organismo sanitario. La nurse sanitarista, luego de efectuar las visitas domiciliarias en el sector de la ciudad que le corresponde, asiste al médico en esta fundamental tarea de medicina preventiva.



La primera visita de la nurse sanitarista no causa siempre buen efecto en el niño. Pero la nurse va bien preparada. Sabe cómo tratar a los pequeños y cómo conducirse para transformarlos pronto en sus mejores amigos, sobre todo cuando, como en este caso, la madre ayuda con amorosas incitaciones.



Toda la familia sale alegremente a la puerta, a recibir a la nurse sanitarista. Los padres muestran el floreciente estado de salud del niño con justificado entusiasmo, mientras el pequeño adopta una expresión de persona importante. Y no es para menos, porque es uno de los primeros niños de Fray Bentos inscriptos en el programa completo de higiene infantil, pre y post-natal, que está desarrollando el Centro de Salud.



Y finalmente lo vacuna, para preservarlo contra el ataque de la viruela y, como en este caso, de la difteria. Muchos niños han pasado ya por los exámenes médicos periódicos que realiza el Centro de Salud de Fray Bentos, siendo objeto de la permanente vigilancia de las nurses que trabajan en ese establecimiento sanitario, construido y que funciona bajo la égida del Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública en el Uruguay.



La nurse sanitarista interviene activamente en los exámenes médicos periódicos de carácter preventivo. Aquí la vemos pesando al niño. Luego lo mide, le toma la temperatura y hace las anotaciones correspondientes en la ficha personal que se guarda en el archivo del Centro.

Los tranvías desaparecen...

LA red tranviaria de la capital, recién adquirida por las autoridades municipales, importa la desaparición, a corto plazo, del primer sistema colectivo de locomoción urbano de que disfrutó Montevideo, siendo el sucesor inmediato de los carruajes ómnibus de la empresa de Norberto Larravide.

Los coches de tranvía, veteranos, envejecidos en el tránsito, incapaces ya de soportar ni más reparaciones ni más remiendos, serán sustituídos por coches de tipo moderno —probablemente trolley-bus—, que permiten eliminar la traba molesta de los rieles.

En principio —pactada la operación financiera que se eleva a varios millones de pesos— los tranvías montevideanos pertenecen a la historia, después de haber desempeñado por casi 80 años un papel principal, único y extraordinario, en la vida y en el progreso de la ciudad.

Reflexionar, un momento apenas, acerca de esa significación, produce asombro conforme asombran cosas semejantes en que nadie para mientes, v. gr., cómo se manejaban para saber la hora los montevideanos de la época colonial y los habitantes de las poblaciones de campaña donde no existían ni siquiera relojes de sol...



Coche de trenvía, tipo grande, tirado por tres caballos, frente a la antigua estación principal del Paso del Molino.

* * *

La compañía inglesa llamada Comercial de Montevideo, que pasa a dominio del Municipio, involucra en su actual composición las concesiones y los capitales reunidos de las varias empresas que explotaron anteriormente los servicios tranviarios, empezando por la concesionaria de la línea a La Unión, que seguía las huellas de la primitiva original empresa de ómnibus conocida con el nombre —corriente en la época— de Ferro Carril a Sangre, cuyo privilegio lo obtuvo del gobierno de Flores en 1866.

La enumeración arbitraria —ajena a todo orden cronológico— de las empresas de tranvías montevideanos existentes al finalizar el siglo pasado, era ésta: Unión y Maroñas, Paso del Molino y Cerro, Pocitos, Buceo y Unión, Este, Norte, Oriental, Uruguayo y Montevideano.

El tranvía antiguamente denominado del Centro —sociedad organizada en 1873—, había refundido sus servicios con el de la Unión, y las líneas Uruguaya y Montevideana, establecidas en la época de Reus, desaparecieron por el año 1900.

Pese a la fusión que mencioné antes, el nombre de tren del Centro fué por largo tiempo nombre familiar a los montevideanos viejos, como lo eran ciertos particulares mantenidos en el servicio, que yo recuerdo todavía, aunque soy *salteño viejo*.

Los coches, de tipo chico, parecían estar sujetos a un horario tan corto que los obligaba a marchar a todo lo que daba la yunta.

Distinguíalos el letrero "Mercedes y Colón", colocado en el alero del pescante, al lado del cual flameaba una banderita amarilla. Saliendo de la Aduana, entraban por Zabala, tomaban Rincón y seguían por Mercedes hasta 18 de Julio y Arenal Grande, donde empalmaban con los rieles de la Unión.

Igual que el nombre del desaparecido tranvía del Centro, persistía en la memoria de la gente el apodo de Tren Brasilero puesto desde los primeros días al tranvía del Reducto, línea pobladora de positivo vuelo que fué inestimable factor de acercamiento y de extensión, pues los rieles alcanzaron —hace bastante más de medio siglo— al arranque en el Camino Millán de la hoy Avenida de las Instrucciones.

El sobre nombre de Brasilero adjudicado a la línea de referencia, provenía de que los principales accionistas de la empresa eran de aquella nacionalidad, entre los que se contaban varios del comercio de Río Janeiro.

Un fuerte comerciante de nuestra plaza, brasileño también, Antonio F. Braga, encabezaba el grupo financiero de la empresa.

El 24 de octubre de 1872 se colocó en el extremo de la calle Cerrito, que terminaba frente al Fuerte San José, el riel inicial de la línea del Reducto, correspondiendo el honor de dar el primer golpe de pico a la señorita María Fernández Braga.

Sirvió el tranvía del Reducto la vasta zona suburbana de este nombre, saliendo por las calles Cerrito, Paysandú, Sierra y Reducto (hoy San Martín). Después de la estación, los rieles se bifurcaban, yendo unos por los caminos Burgues y Suárez, y otros rumbo al Este, formaban el ramal o Brazo Oriental, que dió origen al nombre de la esquina San Martín y Larrañaga.

El tranvía del Este era una línea corta cuyos coches, partiendo de la Aduana, circulaban por las calles Pérez Castellanos, Sarandí, Soriano y Constituyente. A la altura de Piedad, donde estaba la estación, un ramal principal se internaba por Lavalleja, tomaba Defensa y finalizaba en 18 de Julio, y otro, secundario, siguiendo Constituyente se prolongaba hasta la zona del hoy Parque Rodó. Durante el invierno los servicios de esta sub-línea se hacían con intervalo de una hora: circulaban sólo dos coches y —valga la mención por lo que valga como antecedente actual— el cochero, investido de funciones de guarda, cobraba los boletos al pasaje...

En la estación veraniega, el servicio por Lavalleja reducíase al mínimo, concentrándose todas las actividades al ramal que por la calle Tacuarembó volcaba a la playa Ramírez la concurrencia de bañistas.

En la última época del tren del Este, prolongó los rieles de la calle Defensa por las calles Brandzen, Patria y última cuadra de 18 de Julio hasta el Boulevar Artigas.

* * *

Dos compañías unieron al servicio de transporte de pasajeros, funciones anexas aunque bien distintas.

El tranvía del Norte fué, hasta que se suspendieron los servicios, el que tuvo el monopolio de transporte de la carne, de los sitios de faena a los diversos mercados utilizando coches especiales que arrastraban caballos especiales también.

Los rieles del tren del Norte, el único que no se electrificó y pasó después a ser propiedad del Estado, circunvalaban la Ciudad vieja, la ciudad nueva y el Cordón, por las calles Piedras, Maciel, Buenos Aires, Canelones, Gaboto, Paysandú y Cerro Largo. En Cerro Largo y Río Negro los coches efectuaban el trasbordo de pasajeros para la línea que se prolongaba hasta el Paso del Molino, entrando por la calle Uruguayana.

El recorrido que se menciona es el de la última época, pues con anterioridad los rieles al llegar a Canelones, torcían por Vázquez hasta Rivera Chica (hoy Guayabo) y por ésta continuaban hasta Gaboto.

Varias calles, todavía sin abrir, no permitían todavía hacer el recorrido por Canelones hasta Gaboto.

* * *

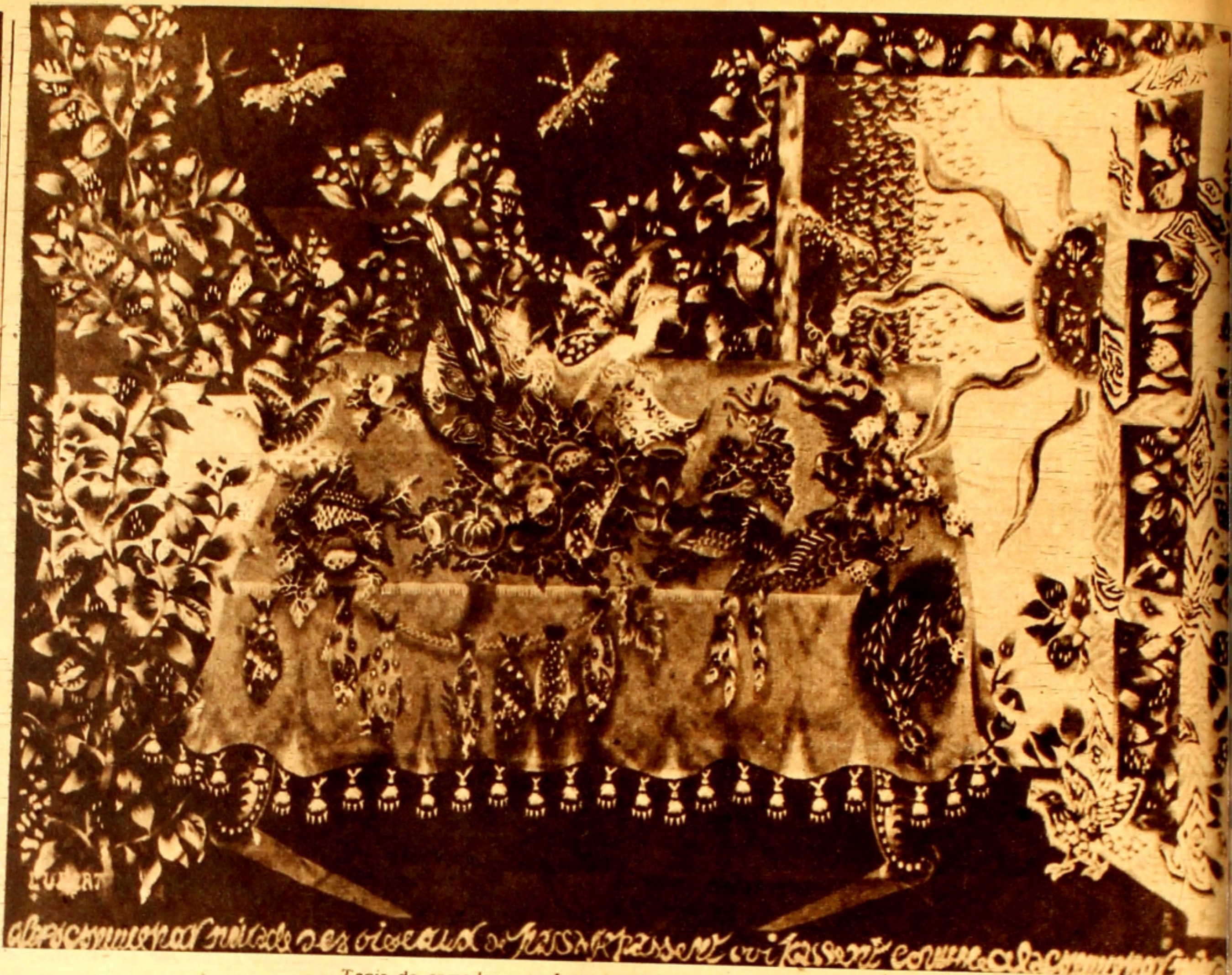
El tranvía del Buceo, que luego se denominaría Pocitos, Buceo y Unión, al constituirse en febrero de 1874, tenía por objeto explotar la vía férrea (tracción por caballos) al Buceo, de que era concesionario don Máximo Nin *para el servicio fúnebre de cementerios* y para el servicio público de pasajeros. Fué una empresa nacional cuyo primer directorio lo constituían Francisco Esteves, Federico Tappen, Dr. Juan José de Herrera, Emilio Castellanos y Arturo D. Towers.

Pero como las noticias se van haciendo largas, se continuarán en un segundo artículo.

J. M. Fernández Saldaña.



Coche de trenvía, cerrado, entrando por la calle Cerrito. Al fondo se distingue la primitiva aguja de la iglesia de San Francisco.



Tapiz de comedor, por Lurçat - Aubusson. — 1940 - 45.

La Vida Artística:

NUEVAS TAPICERIAS FRANCESAS

LA exposición de la tapicería, que obtuvo tan gran éxito este verano en París, no era sólo una gran demostración retrospectiva destinada a dar a conocer los tesoros creados por los artesanos de antaño, y especialmente, los de la Edad Media y del Renacimiento. Su programa comprendía también una enseñanza, una advertencia valedera para el presente: se proponía mostrar las etapas de una tradición que, a través de los siglos, a través de los errores, también se vuelve a encontrar hoy sorprendentemente viva. Este redescubrimiento de una técnica y de sus posibilidades estéticas es lo que los artistas franceses han realizado desde hace unos años y cuyos resultados empiezan a notarse.

Simultáneamente se acaban de abrir dos exposiciones, que permiten precisar el sentido de este renacimiento que rebasa con mucho una moda y su éxito efímero. El he-



Detalle del tapiz "Vida Señorial".



La mano mágica, por Lucien Coutaud.



Mural de Jean Picart Le Doux. 1940.



Teseo y el Minotauro, por Marc Saint - Saenz. Aubusson. 1943.

cho más significativo es que, en una y otra manifestación, pintores importantes se dejan atraer por esta técnica y trabajan especialmente para ella.

Los esfuerzos iniciados algunos años antes de la guerra dan sus frutos, y el renacimiento, que no sólo se dibuja sino que se afirma ya con gran vigor, propone obras de tal calidad que no puede ignorarse su valor.

Para demostrar el lazo entre el presente y el pasado, será presentada próximamente en Nueva York una importante selección de tapicerías contemporáneas en el Museum of Modern Art, como complemento al conjunto de las piezas antiguas.

Las obras que constituyen esta sección moderna son las que se exponen actualmente en París, en la galería Allard. En ella se ven los nombres de Jean Lurcat, que ha desempeñado un papel capital en esta renovación; de Saint-Saens, Le Moal, Perrot, Idoux, Lenormand, Dom Robert, entre los autores de los mejores envíos.

La exposición organizada por Jacques Adnet, en la Compagnie des Arts Francais, tiene un espíritu bastante distinto. En ella se ven, en la mayoría de los casos, piezas especialmente destinadas al moblaje, adorno de ventanas, de muebles, etc. Los pintores que han proporcionado los modelos no han tenido que someterse a una disciplina tan rigurosa como en la otra exposición. La solución adoptada es una fórmula intermedia, algo que es bastante cercano a la obra del pintor de cuadros y no requiere una transposición tan completa.

Se ve, pues, la diferencia fundamental entre las dos exposiciones: en la primera, los pintores aceptan plegar su personalidad a las exigencias de una técnica muy especial; en la segunda, se pide a una técnica sumamente hábil que reproduzca tan fielmente como sea posible, las pinturas de los artistas. Estos últimos se llaman: Brianchon, Coutaud, Depierre, André Marchand, Roland Oudot, Planson, Tal-coat, Terechkovitch. Resumiendo, las obras realizadas son de una extrema variedad, logradas en la medida en que el pintor ha realizado su cuadro y en el que éste último puede soportar la transposición de la materia pintada a la materia tejida.

La primera exposición tiene mucha más unidad, porque en su punto de partida hay analogía de fórmula, de vocabulario y de cancepción entre los diferentes artistas, cualesquiera que sean las divergencias entre sus personalidades. Aunque hubiese obras de menor calidad, serían valederas en conjunto y difícilmente dejarían ver sus defectos porque utilizan un repertorio (de puntos y de formas) que conviene exactamente al fin perseguido y que de esta manera es imposiole llegar a un error total. Cada cual puede, pues, encontrar su expresión personal y, al mismo tiempo, no romper la unidad del conjunto. el mundo fantástico de Jean Lurcat es casi realista al lado de los arabescos abstractos de Idoux, y, sin embargo, no se oponen uno al otro, sino que participan los dos en la elaboración de un estilo que es bien de nuestro tiempo, sin renegar nada del pasado más tradicional.

La exposición organizada por Adnet es menos intransigente, presenta una serie de experiencias individuales, un encaminamiento; la de Alard, que será presentada en Nueva York, es un término, la afirmación de una voluntad más rigurosa. Las obras reunidas han rebasado el período de las experiencias, lo que no quiere decir que su estilo quede en adelante inmovilizado e incapaz de nuevas evoluciones, al contrario. Ahora puede apoyarse, sin embargo, en bases técnicas y estéticas muy exactas, que son pruebas evidentes de vitalidad.

Raymond Cogniat.



La "Vida Señorial". Museo de Cluny. Bords de la Loire, alrededor del 1500.



Tesoro de los atenienses.



Delfos: la roca de la Pitonisa.

POR TIERRAS DE GREC

VISIT

EN un día de primavera, ya avanzada— hace de esto varios años — salimos a media mañana de Atenas. Los abundantes mármoles blancos de la ciudad — los viejos y los nuevos — resplandecían gloriosamente. Aquel día era bien ateniense: alto y limpio el cielo, el sol luminoso, deslumbrador, el aire transparente y sutil. El ómnibus en que me había acomodado era pequeño, simpático, rural. Viajaban conmigo varias personas, casi todas agradablemente provincianas. Había entre ellas varios campesinos, un clérigo greñudo y espigado, con alto bonete negro, dos militares de poca categoría, un sujeto fornido, gran vozarrón, jovial, reidor, pinta de tratante de feria. Iban también un matrimonio con dos chiquillas parlanchinas y dos individuos magros y morenos, sin duda burócratas o empleados modestos.

El automóvil huye del centro de la ciudad hacia los suburbios, hacia el campo. Pasa primero por anchas avenidas modernas en las que el sol cae implacablemente, ante lujosos edificios. De vez en vez, en el rápido desfile de perspectivas urbanas se entrevera un venerable resto del pasado. Luego entramos en unas calles estrechas, sombreadas, de viejas casas amables, acogedoras. Abundan aquí los nobles oficios de la artesanía de tan larga tradición en Atenas: alfareros, talabarteros, marmolistas. También se veían tiendas de ropa y de enjalmas y mantas, cafés y dulcerías, de tipo oriental. Las aceras estaban llenas de puestos de ventas y de chiquillería y, en el centro de la vía, los carros obligaban con frecuencia al ómnibus a detenerse.

La ciudad quedó, por fin, atrás. Soplaba ahora una brisa mansa que mitigaba el creciente calor. El paisaje, aunque de variado y cambiante relieve, tenía un tono ascético por lo menguado de la vegetación. Entre las calvas lomas verdeaban, tímidamente, las cañadas. Algún olivar, alguna viña, alguna rara pradera salpicada de amapolas. De tanto en tanto, una aislada alquería, una aldeílla pintoresca. Andando camino llegaríamos a ver alguna vez ancianos campesinos con faldellín. El ómnibus se detenía aquí y allá para dejar o recoger encargos y viajeros. En una de estas paradas se apeó el jovial feriante para retornar a poco con unas matas de garbanzos que acababa de arrancar de una haza. Entre francas risotadas púsose a mascar los verdes y tiernos granos de los que ofreció también a los presentes.

A mediodía llegábamos a Tebas. La ilustre patria de Píndaro, antigua rival de Atenas, es hoy un poblachón feo y destartalado. Tiene, en cambio, un bello emplazamiento, en una leve elevación de la llanura con un fondo de cerros; en los alrededores, resaltan las largas pinceladas negras de los cipreses. En Tebas hacemos un alto prolongado para almorzar. No había para tal menester más lugar accesible que un enorme figón con aire de tinglado de feria, en el que los manjares se ofrecían a la vista en grandes bateas de hojalata. Todos aquellos platos pertenecían a la fementida cocina oriental, picante y grasienta, fuerte y sabrosota. Elegimos unos tomates rellenos que nos parecieron lo menos agresivo.

"¡Mia tomatis!" ("Una ración de tomates") gritó el garzón a quien interpelamos. Con los "tomatis", pues, y un trozo de almibarado "rabané", o bizcochuelo, nos dispusimos a reparar fuerzas en un recanto del figón.

Reanudamos la marcha. El calor era ya sofocante, modorriento. Dejamos, a la izquierda, el monte Helicón, una de las moradas de las musas. El paisaje iba tornándose más quebrado. Cruzamos montañas tras montañas, en serie inacabable. La carretera bordeaba temerosos abismos, vencía cumbres, salvaba desfiladeros con su insistente serpenteo. El espectáculo era en verdad, impresionante. Y, de pronto aparece en el horizonte, delante de nosotros, una delgada línea fulgurante: el mar, el golfo de Corinto. Empezamos a descender. La raya del mar se ensancha gradualmente. A nuestros pies vemos ya la llanura de Crisa, espesa de olivos, ceñida de montes agrestes. Por entre el verde gris de los olivares discurre cabrilleante el río Pleistos que forma, al llegar al mar, una graciosa caleta.

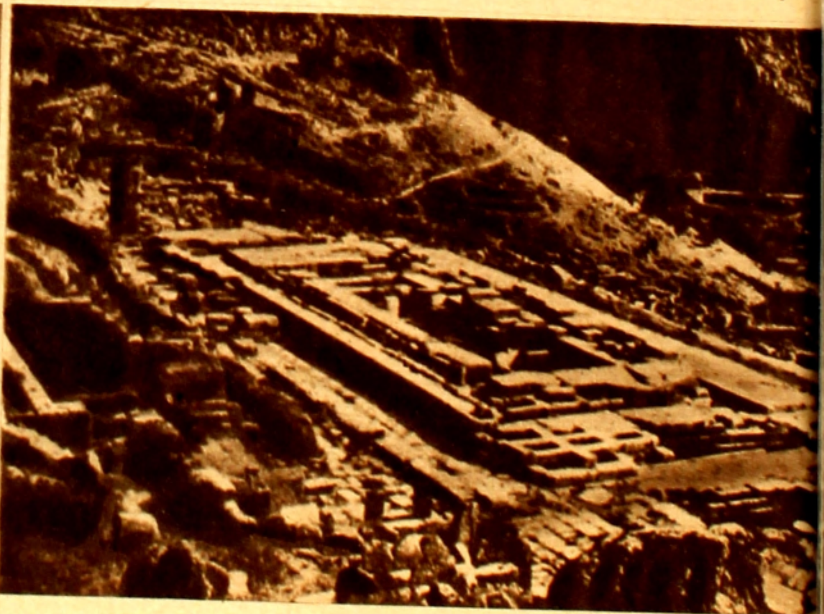
Los dos picos del Parnaso, tercera y definitiva morada de las musas, se alzaban a nuestra derecha. Son esos picos dos inmensas rocas, la Fedríade y la Nimpea, dispuestas en ángulo y separadas por angosta y profunda garganta en la que antaño se despeñaba a los blasfemos. En la pendiente que baja desde los altos peñascos al valle del Pleistos se asientan las ruinas del santuario de Delfos y el pequeño pueblo de igual nombre, término de nuestro viaje.

o

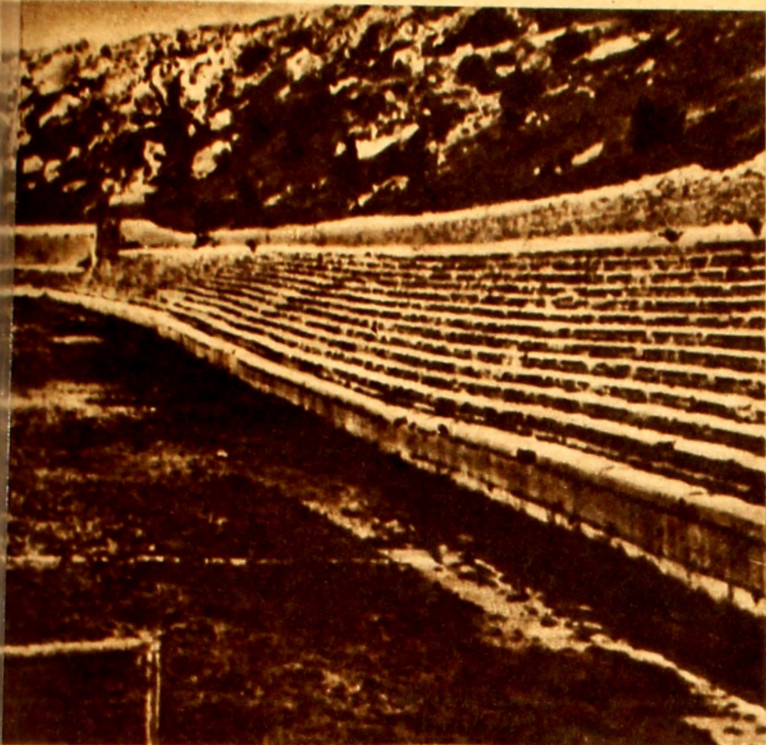
Toda la tierra de Delfos es de naturaleza volcánica. Los dos roquedos del Parnaso brotaron de la tierra por obra de alguna convulsión plutónica. En viejos tiempos había en el suelo una grieta que exhalaba pestíferos vapores. De cuando en vez, tremendos terremotos sacudían y devastaban la comarca. Se comprende que



La llanura de Crisa y la caleta.



Ruinas del templo de Apolo y entrada de la garganta del Parnaso.



El estadio de Delfos.

A DELFOS

de la antigüedad, supersticio-
s hacia las potencias ocultas,
reer que aquí se albergaba al-
l dios.
ıgar se adoró primero a la Ma-
cuyo "omfalós" u ombligo era
cerraba a medias la grieta de
steriosos. Por estos gases y por
que soplaban en la oscura gar-
an los devotos de descubrir los
a divinidad. Andando los si-
gante Apolo reemplazaría a la
l telúrica después de dar muer-
piente Pitón. Apolo tuvo aquí
más espléndidos santuarios y
bre de sus oráculos. La Pitoni-
en un trípode de hierro sobre
ra de las emanaciones volcáni-
gada por aquella divina pesti-
brebajes, caía en delirio y pro-
ras incongruentes cuyo sentido
luego los sacerdotes. Los orácu-
lesempeñaron en la vida públi-
da de Grecia papel de gran re-

nar el paganismo, el santuario
antes tan concurrido, cae en el
terremotos lo devastan y nadie
e reconstruirlo. Y los escombros
os van depositándose lentamen-
ıs ruinas. Con el tiempo se le-
el paraje un pequeño villorrio,
entero ignorante de lo que te-
sus pies. En 1892, la Escuela
de Atenas, que tan valiosas ex-
ha llevado a cabo en tierra
ridió acometer la del solar de

Delfos. La gente de Kastri fué trasladada a un nuevo poblado construído al efecto fuera de la zona del santuario. Al nuevo poblado se le dió el viejo nombre de Delfos.

En este poblado de Delfos se ha detenido nuestro automóvil y descendemos. Casas vulgares, limpias, sin carácter. La más grande es un hotel, el hotel donde vamos a morar por breve tiempo, sencillo, cómodo. No hay, aparte de nosotros, más huéspedes que un matrimonio norteamericano con su hija, una joven de erguida presencia, quizá universitaria. Luego del baño y un corto refrigerio salimos a pasear por los alrededores. Enderezamos, a campo traviesa, hacia el valle que en lo bajo se alargaba hacia el mar. Caía la tarde. En el aire parecía flotar un tenue polvillo dorado. Al borde la pendiente había un olivo solitario en cuya copa cantaba una cigarra. Permanecimos inmóviles un rato, oyendo extasiados su canto exultante. Era una cigarra griega, de las que celebrara Anacreonte ("profeta del estío, amada de las Musas y de Febo que te dió voz sonora, sabia, impasible y casi semejante a los dioses"), hermana de la que buscó refugio en el seno de Cloe.

A la mañana siguiente, muy temprano, vamos a visitar las veneradas ruinas. El recinto sagrado se extendía por la ladera de la Fedriade, el pico ocidental del Parnaso. Estaba cercado de una muralla de nueve puertas cuyo cimiento aún se distingue. Extramuros, quedaban los gimnasios; todavía puede verse el patio de ejercicios y los redondos agujeros por donde manaba en grueso chorro el agua para las duchas. Fuera también del reducto, delante de la puerta principal, se encontraba la Fuente Castalia. La célebre fuente brota de la peña, cerca del tajo que separa los dos picos. Un mediano pretil de piedra remansa el agua llena de mosquitos. En torno hay en la roca huellas de haber tenido un tiempo arquitecturas adosadas.

Hechas sus abluciones en la Castalia, el devoto entraba al recinto sagrado por la puerta frontera. De aquí arrancaba la Vía Sacra que, venciendo la pendiente en amplias curvas, conducía al templo, emplazado en lo alto. Los dos costados de la vía estaban llenos de pequeños monumentos dedicados al dios por pueblos o personajes de la vieja Grecia. La calzada se conserva en buen estado y las ruinas de pórticos y "tesoros" tienen todavía intenso poder de evocación. Las estatuas y relieves que aquí aparecieron fueron llevadas a los museos pero, en cambio, continúan restaurados, en el lugar algunos de los tesoros, como el de los atenienses, que es a modo de un pequeño templo dórico de mármol blanco. Estos tesoros habían sido erigidos por algunas ciudades para guardar sus fondos o como ofrenda votiva al dios Apolo.

En su última vuelta, la Vía Sacra abraza al templo, conduciendo a su portada principal. Actualmente sólo queda de él el basamento. En sus proximidades se encuentra la roca de la Pitonisa, la que antaño entrecerraba la grieta de los gases divinos, el "omfalós". Es un pedrusco de regular tamaño, solitario y triste resto del naufragio de la pagania, sin grieta ya, ni gases, ni sibila. Frente al templo también, hacia otra parte, distinguimos, en el suelo, una especie de baja mesa redonda hecha de mármol. Es la base del trípode áureo de Platea. La contemplación de esta humilde ruina trájonos a las mientes, de repente, recuerdos de lecturas y de viajes. Después de la batalla de Platea, las ciudades helenas que en ella intervinieron ofrendaron a Apolo una columna de bronce en forma de tres serpientes enroscadas en cuyas erguidas cabezas se asentaban los pies de un trípode de oro. Esa columna la habíamos admirado en Estambul, en el viejo hipódromo bizantino adonde la llevará el emperador Constantino como ornamento de la "spina". Enlazando recuerdos, vimos erguirse ante nosotros en toda su gloria el antiguo y simbólico monumento.

Retornamos al hotel pasado mediodía. Reposamos del intenso calor de la mañana rumiando evocaciones. Y, pasadas las horas de la siesta, fuimos de nuevo al santuario. Ahora dirigimos nuestros pasos por la parte alta, hacia la cumbre. Allí estaba el teatro, us teatro en el mismísimo Parnaso, sorprendentemente conservado. Y más arriba el estadio, casi como en los tiempos de esplendor de Delfos, estrecho y largo. Firmemente empotradas en el suelo aparecían aún las losas con las marcas para los pies de los corredores. Un largo rato permanecimos sentados en una de las gradas que dos mil años atrás hirvieron de gentío bullicioso y apasionado. No costaba gran esfuerzo imaginarse uno de aquellos certámenes con que los helenos de la antigüedad rendían al cuerpo justo y bello tributo.

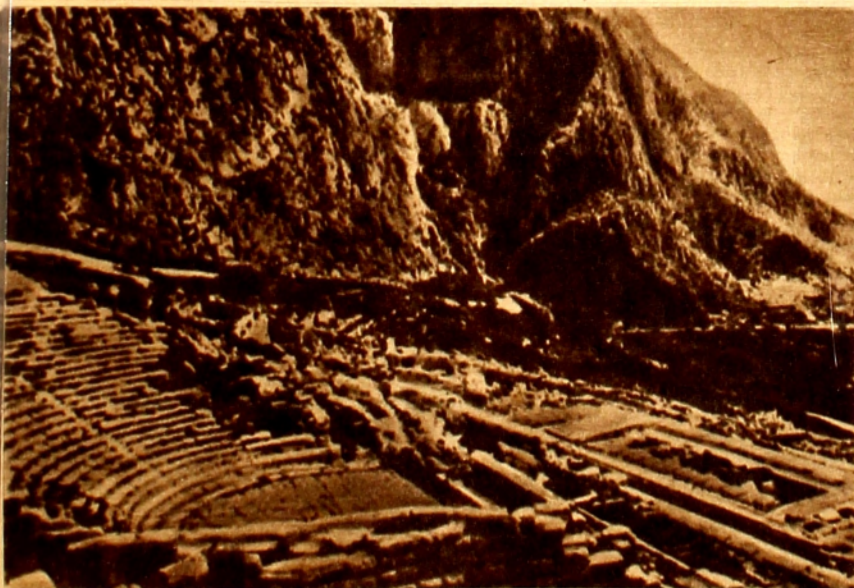
Bajaba el día. A la blanda luz del atardecer, los contornos de las cosas se dulcificaban, se desvanecían. Tierra, cielo, mar, rocas, ruinas, árboles, iban fundiéndose en una masa indiferenciada, como en un retorno a la unidad primigenia. Parecía incluso como si uno mismo se fuera infiltrando en el mundo exterior o como si éste, hecho espíritu, entrara en nuestra alma hasta convertirse en propia sustancia. Por una loma bajaba una zagalilla con unas ovejas cantando una canción popular. Arrancó un puñado de yerbas de olor y nos las largó con una sonrisa.

La última visión, la que nos acompañaría con más insistencia en el viaje de retorno, fué la del erguido auriga, en el museo, con su porte sereno y sencillo, su clara cabeza adolescente, su firme mirada verde.

Luis TOBIO.



Auriga de Delfos (Siglo V a. de C.)



Delfos: el teatro.



La High School de Princeton, instituto que corresponde en los EE. UU. a una parte de nuestra Enseñanza Secundaria.

COMO ES PRINCETON

Una típica ciudad universitaria de los Estados Unidos

Huéspedes de honor. — Henos aquí en la High School de Princeton, instituto educacional que corresponde en los Estados Unidos a una parte de nuestra Sección Enseñanza Secundaria. Somos aquí huéspedes de honor, y nos produce una indisimulable alegría el ver flamear cada mañana nuestra bandera, junto a la de los Estados Unidos, en el mástil de la entrada principal de esta "high school". Hemos sido destinados a este Instituto —para las dos primeras semanas de nuestra estada en los Estados Unidos— dos de los tres delegados estudiantiles del Uruguay.

Es nuestro propósito observar cómo son los muchachos estudiantes de una "high school" y cómo son las familias de esos estudiantes; en una palabra, conocer cómo son de cerca nuestros vecinos del Norte. Y así nos encontramos haciendo el mismo tren de vida que cualquiera de los mil muchachos de 14 a 18 años que cada día asisten a recibir su educación en este hermoso establecimiento de enseñanza secundaria, y al mismo tiempo compartiendo también sus hogares.

La ciudad de Princeton tiene un aspecto personalísimo, no sólo en lo material —su edificación, el aspecto de sus calles— sino también en su manera particular de vida. La mayor parte de las personas que viven en ella están relacionadas de una manera u otra con la vida estudiantil, que es muy intensa. Hay decenas de hermosos edificios, algunos de aspecto medioeval —parecidos a los de Oxford— donde se encuentran orgánicamente distribuídos estudiantes de Elementary Schools, High School, Colleges, University e Institutos de estudios avanzados. Justamente en uno de estos últimos —el Advanced Mathematics Institute— se encuentra hace tiempo realizando estudios de investigación el renombrado Dr. Einstein. Muy cerca de aquí está también el Washington Crossing, donde el padre de la nación estadounidense cruzó el Delaware para batir a las fuerzas inglesas, y el lugar donde se libró la famosa batalla de Princeton.

El primer día en Princeton High School hemos asistido a todos los "períodos" de clase, igual que cualquiera de los jóvenes estudiantes, observándolos mientras ellos nos observan a nosotros. Algunos de los profesores nos piden que digamos algo de nuestra patria a los estudiantes de los Estados Unidos. Damos ligeras noticias sobre nuestra realidad política, social y económica. Se evidencia el asombro en ellos cuando decimos que nuestra educación es completamente gratuita desde primaria hasta facultad. Lo mismo ocurre cuando nos oyen decir que en nuestros hospitales se presta asistencia médica a los pobres sin pago alguno. Ellos también hacen muchas preguntas. Los muchachos se interesan por nuestro sistema político, por nuestros deportes, por las películas que vemos en nuestros cines; y las muchachas quieren saber si en nuestro país las chicas pueden salir solas a paseo con sus novios. (Cuando oyen nuestra respuesta siguen prefiriendo su propio sistema).

Encontramos que la conducta de alumnos y profesores es algo distinta de la nuestra. Algunos de los estudiantes no tienen maneras tan respetuosas como observamos en nuestros liceos. No obstante lo dicho, hay un orden y respeto mutuo en los salones de clase.

Dentro del desarrollo general de las clases a que hemos asistido, que ha sido con los "juniors" y los "seniors" —algo equivalente a tercero y cuarto de nuestra Sección Secundaria— nos ha llamado la atención, por ejemplo, que en las clases de literatura se cuida mucho de mostrar sólo la parte de la obra del autor en estudio que no esté reñida con los cánones de la moral tradicional. Así vimos que de Edgar Allan Poe, por ejemplo, se dan algunas características esenciales de su producción pero no se muestran todos los aspectos de su estética literaria. Otro profesor no mostraba tampoco los valores artísticos de la obra en estudio y además manifestaba, refiriéndose a sus personajes, que eran seres que él no desearía conocer. Si bien es cierto que así se velan valores artísticos que tienen que apasionar necesariamente a los estudiantes, tal vez ello podría ser justificado por la corta edad de los muchachos y muchachas —16 y 17 años— en estos cursos, que mueven al Consejo de Educación a pensar que es preferible velar algunos ángulos de belleza artística que puedan estar resentidos con la moral.

Nos llamó también la atención la forma cómo era conducida una clase de latín. Se debatía la posición de Cicerón referente a Catilina y sus conspiradores. Los estudiantes debían actuar como oradores defendiendo la posición de la pena de muerte o la de prisión por vida. Parece que los muchachos de esta high school no son muy oficialistas porque ganó la posición de prisión por vida por seis votos contra dos.

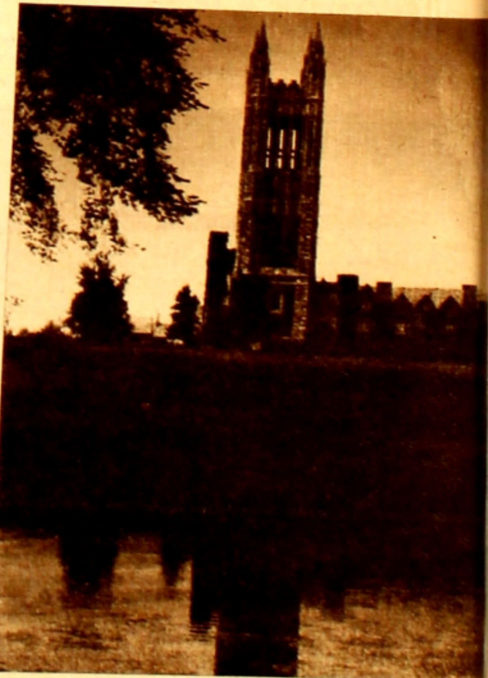
Las clases de química y física se desarrollan en cómodos y bien provistos laboratorios, con todos los elementos necesarios para obtener los mejores resultados.

Los estudiantes negros. — Aunque no lo confesáramos, veníamos preparados para soportar un choque en cuanto al problema de los negros en Estados Unidos, — que en nuestro sistema de vida en el Uruguay no concebimos. Tuvimos sin embargo una grata sorpresa al ver que aquí —en la High School de Princeton— parece que ese problema está completamente suavizado. Hemos visto un buen porcentaje de muchachos y muchachas de color —en algunas aulas 15 y 20 por ciento— que asisten a clase exactamente en las mismas condiciones que los estudiantes blancos y vimos también que entre unos y otros se observa un trato perfectamente amistoso.

Un concilio estudiantil. — Hemos visto funcionar aquí algo que merece realmente nuestro aplauso. Se trata de un llamado Concilio Estudiantil. Es una asamblea con participación de delegados de todos los grupos del Instituto para tratar asuntos de interés común de la escuela. Con asombro de nuestra parte —recordando algunas de nuestras ruidosas asambleas estudiantiles— hemos visto funcionar ésta con un excelente orden, con un trato respetuoso por parte de todos los integrantes que ceremoniosamente se dirigen unos a otros utilizando fórmulas de cortesía y llamándose mutuamente "señor" o "señorita", durante todas las discusiones. En la ocasión que estuvimos presentes el asunto en estudio era el discernimiento de honores a estudiantes destacados, lo que consistiría en la donación de una insignia de oro —en determinadas condiciones. Encontramos muy interesante esta iniciativa, que puede servir para estimular el espíritu de superación entre los estudiantes.

✦

En los muros de colores claros y alegres en este edificio bien iluminado, cómodo, optimista, vemos pequeñas banderas de los Estados Unidos en la línea superior de bal-



Un aspecto del Princeton University.

...sas de las paredes. Preguntamos qué significan y nos contestan con un leve estre... ecimiento, que representan a los muchachos de la high school que fueron a la guerra. Algunas tienen además a su lado una ...trella del mismo tamaño que la bandera: ...os son los que no han vuelto...

Esto trae a nuestra mente algo que ha...iamos olvidado en este ambiente amable ... juvenil: la guerra. Y pensamos que ver...aderamente si un modo hay de evitar la ...menaza de otra es precisamente éste del ...tercambio periódico de representantes de ...uestras juventudes. Los nuestros irían al ...xtranjero a conocer cómo viven nuestros ...ecinos del mundo, para ver que son igua...es que nosotros, con nuestras mismas aspi...aciones de pacífica felicidad —y al mismo ...empo brindaríamos a otras naciones la po...ibilidad de que envíen a sus muchachos a ...onocer cómo somos nosotros, cómo es nues...ra hermosa nación. Así, agregando a la ...ducación teórica la educación práctica del ...onocimiento de los demás hombres del ...nundo podría hacerse mucho por el man...enimiento de la paz.

Mi actual familia estadounidense. — He...nos venido a conocer cómo son los estu...diantes estadounidenses, y cómo son sus fa...milias, sus colegios y sus universidades. Y aquí estamos haciendo la vida de cualquie...ra de los muchachos de una high school y viviendo en el seno de sus familias.

La mejor comprobación que uno hace cuando sale fuera de casa y convive en otro país con gente extraña —en las condiciones que lo estamos haciendo nosotros— es ver que ellos tienen los mismos problemas y deseos que nosotros y que es idéntica su aspiración a la felicidad y a una vida digna y pacífica. Y esta es una comprobación que sería bueno procurar pudiesen hacerla muchos estudiantes de todo el mundo para que por la vía de un conocimiento mutuo entre los hombres se asegurase la futura comprensión de los pueblos y por ende una paz permanente.

Mi actual familia estadounidense no es distinta de mi propia familia, y en ella me estoy sintiendo como en mi propia casa. El clásico "home, sweet, home" cristaliza idealmente en este hogar de los Yorks.

Como casi todas las personas que viven en esta ciudad, también ellos tienen íntima relación con la vida estudiantil. El padre, el doctor York, es el médico principal encargado de velar por la salud de los estudiantes de la famosa universidad de Princeton, y Jimmy, mi huésped, es un estudiante "junior" de la high school.

El señor York tiene una vigorosa concepción de lo que debe ser una familia. Es firme, pero cariñoso. Severo, sin desmedro de la ternura paternal. Condena la costumbre de beber alcohol, así como también algunos nuevos hábitos de las muchachas estadounidenses como el de fumar. Sabe conducir su casa sin usar rigor pero tampoco sin tener ninguna debilidad. Sus hijos no pueden esperar más, de lo que debe ser una educación familiar. Jamás podrán decir que vieron malos ejemplos en su hogar. Esa educación los capacitará para ser honestos y correctos en sus actividades estudiantiles y a ser justos en el trato con los demás en el curso de su vida. El hombre más admirado del Dr. York es Washington y luego Lincoln de quien afirma que siempre se las arreglaba para lograr que nadie se sintiera incómodo, lo que él considera que es el secreto de las relaciones humanas. Sobriamente religioso, practica en su vida los principios morales que ha adoptado.

La señora York es también una mujer extraordinaria. Culta, —graduada en uno de los mejores colegios de los Estados Unidos— aprovecha todo momento que le dejan libre sus ocupaciones domésticas para ayudar a sus dos hijos en sus estudios. Por las noches, después de la cena, cerca de la tibia lumbre del hogar, suele cantar acompañándose ella misma al piano, con su preciosa voz suave y tierna, para su amada familia.

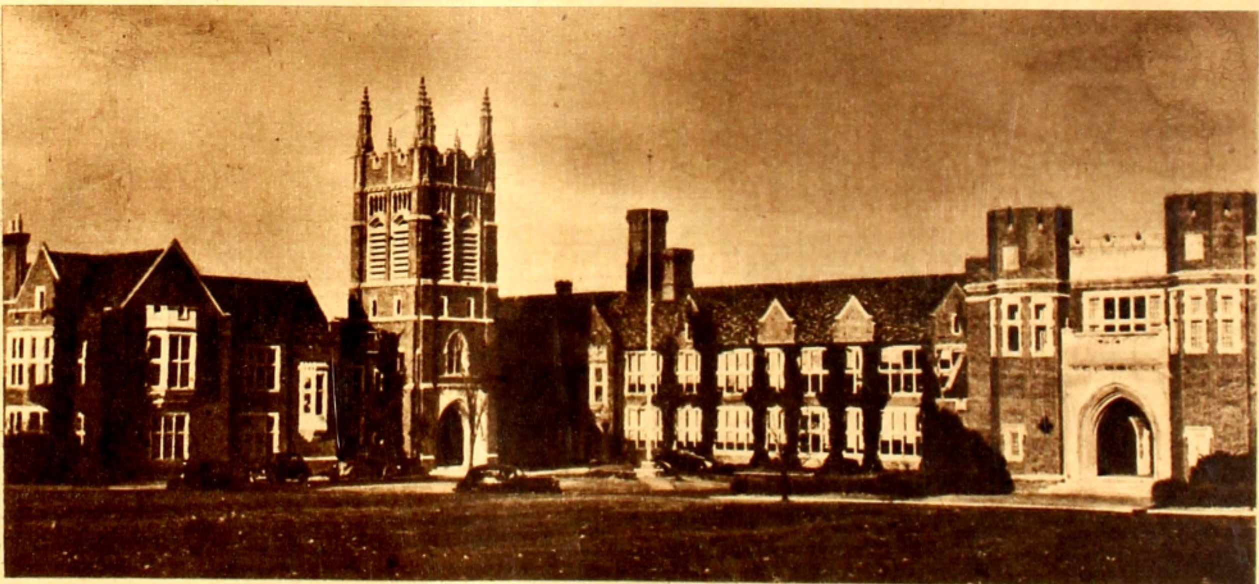
Jimmy y Ann son los dos hijos de este matrimonio. En el primero—aunque sólo tiene dieciseis años—se observan ya las huellas de una educación para la rectitud y la nobleza moral. Disciplinado y bueno en el Liceo es igualmente amigo de estudiantes negros y blancos. Como todo estudiante estadounidense, ama los deportes y practica especialmente fútbol, que no es el nuestro sino el que se juega con la pelota oval, y que todos hemos visto en el cine alguna vez.

Ann es una dulce niña de trece años, en quien cualquiera percibiría también los resultados de una esmerada educación familiar.

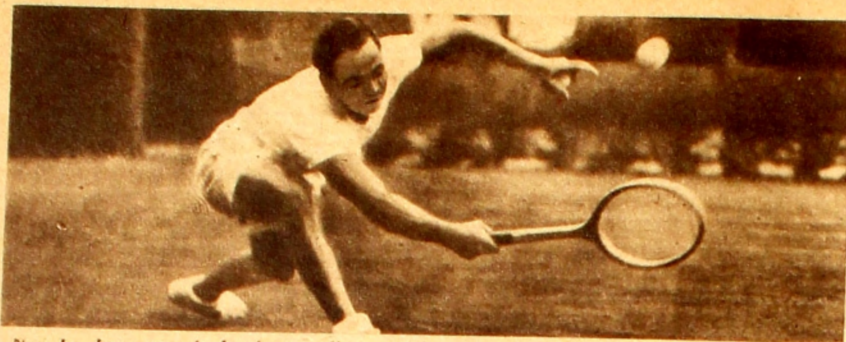
Así es una típica familia de Princeton, según la ve un estudiante sudamericano venido a conocer cómo son los buenos vecinos del Norte.

Pablo FERNANDEZ SAEZ.

Torre del edificio con la bandera uruguaya flameando junto a la de los EE. UU.



Princeton, típica ciudad universitaria de los Estados Unidos.



Noé La Iara, uno de las buenas figuras del certamen, vice-campeon de individuales caballeros.



Semi-finalistas en dobles mixtos: los chilenos R. Balbiers e I. Covarubias, junto a los brasileños Dario Cortez y Elena Orstein.

Campeonato Internacional de Tenis en Carrasco



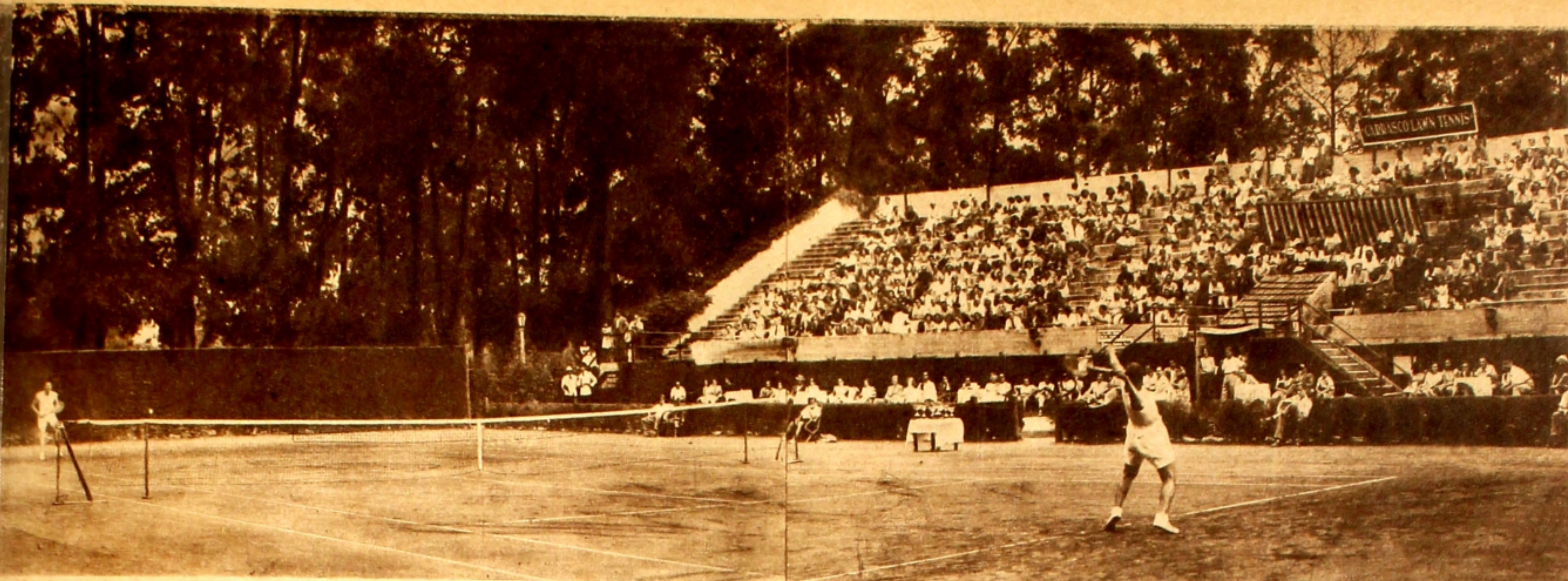
El argentino Sissener en el rechazo de una bolea.



Jacques Sauval y el belga Iván de Vroe éste fué de los que más animaron el certamen.



Finalista en individuales damas, Valeria Donoso, chilena, que conquistó el Campeonato y Mina K. de Gottesman, uruguaya, vice-campeona.



Aspecto general del Estadio Eugenio Millington Drake, en Carrasco. Momentos en que se disputa la final de individuales caballeros entre Noé La Jara, peruano, y Ruy Sissener, argentino.

LA hermosa localidad balnearia de Carrasco ofrece, entre sus atractivos, la animación que le presta su actividad deportiva.

No sólo las cabalgatas múltiples que se efectúan a diario, además de los juegos en las partes amplias y firmes de la arena, sino también la variedad de jornadas de ciclismo puramente de aficionados y los espectáculos de sus canchas de tenis, dan a la zona características interesantes. Todos los años se lleva a efecto el Campeonato Internacional de Tenis, en el cómodo estadio Eugenio Millington Drake.

Acaba de terminar el correspondiente a esta temporada, o sea el undécimo certamen, que constituyó una nueva nota agradable en el escenario de la Avenida Arocena.

Desde luego, en lo concerniente a técnica, a valores individuales y colectivos, a exhibición de destreza, si bien alcanzó aspectos recomendables, también hay que convenir en que no reeditó el brillo de aquellas magníficas jornadas de otros años, en que se lucieron protagonistas del estilo y la pericia de la gran jugadora chilena Anita Lizana.

El mérito del certamen radica en que contribuyó a las fiestas de Carrasco, dando a los cultores del tenis la ocasión de rever sus desempeños, de buscar los caminos necesarios a la evolución.

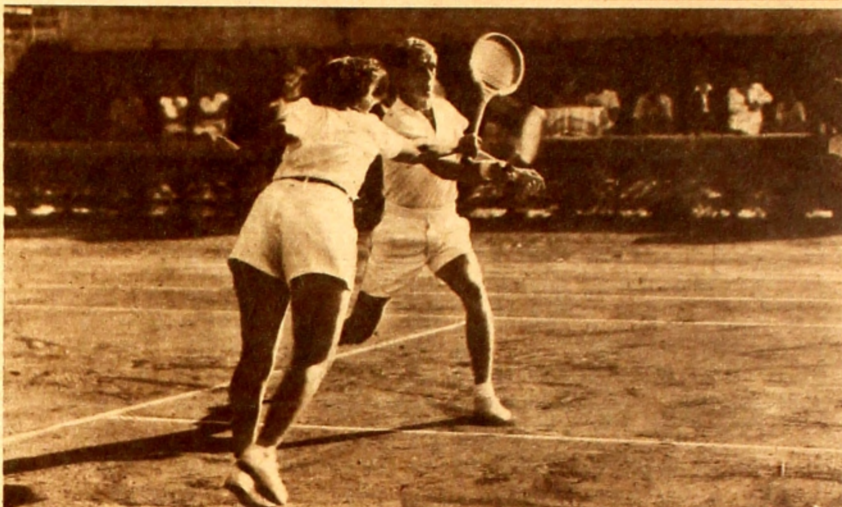
Fueron participantes de las recientes jornadas internacionales los siguientes competidores: por Argentina, Srta. Lina Elli, Augusto ZaZppa y Ruy Sissener; por Chile, señoritas Irma Covarubias, Valeria Donoso e Ignacio Galleguillos; por Brasil, señoritas Inach Bustamante, Elena Orstein, Enriqueta Hack, Sady Gontán, Ary Guchenm, Miguel Lartigau y Darío Cortez; por Perú, Nor La Jara; por Bélgica, Iván de Vroe y por Uruguay, Sras. Victoria Marés de Rodríguez Riet, Mina K. de Gottesman, Jacques Sauval y Federico Bacher.

A través de las etapas cumplidas quedó en evidencia el interés de estos encuentros, como a la vez la utilidad de las numerosas canchas de Carrasco, aunque se aguardan, para el futuro, si se persevera en forma, los éxitos que merece el empeñoso accionar de nuestros representantes.

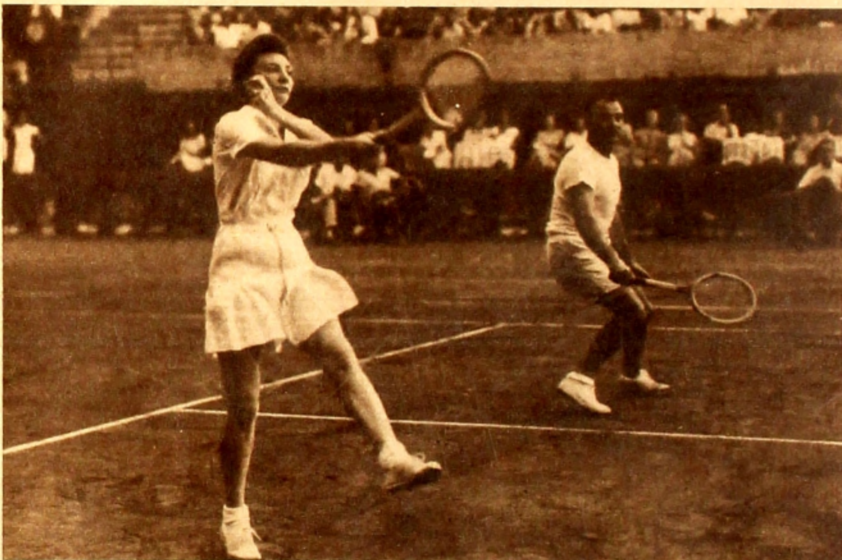
Mucho valdría, a la zona de Arocena, donde se desarrollan el estadio Carrasco y las canchas auxiliares, la implantación de un centro deportivo completo, con field de fútbol, rodeado de pista atlética, además de canchas de basket ball y volley ball.

La propia adhesión al tenis, permite deducir a cuánto ha de llegar la de otros aspectos de los juegos deportivos, si también a ellos se dispensa adecuada atención en la zona.

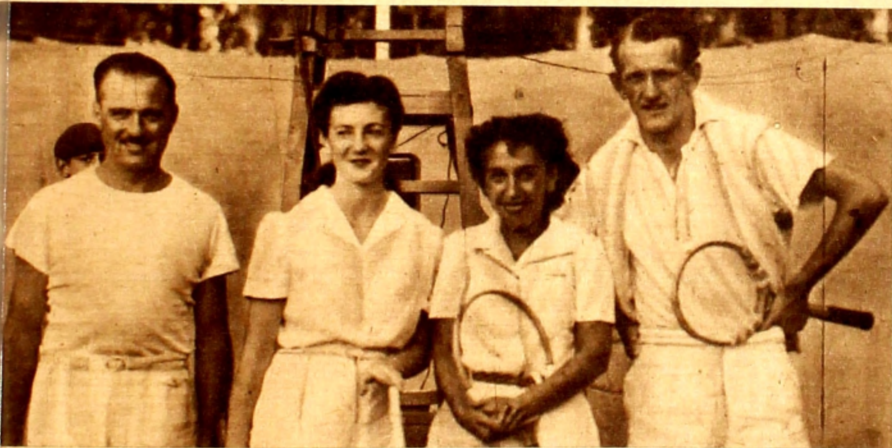
La afluencia de público a las competencias internacionales de tenis, volvieron a dar la pauta del entusiasmo que inspira este género de espectáculos, por lo que no es de extrañar que la animación acrezca, dándose ambiente a otras ramas de la cultura física, en especial las atléticas, que podrían deparar hermosas alternativas.



Señorita Irma Covarubias y Ricardo Balbiers, pareja chilena en dobles mixtos que obtuvo el Campeonato.



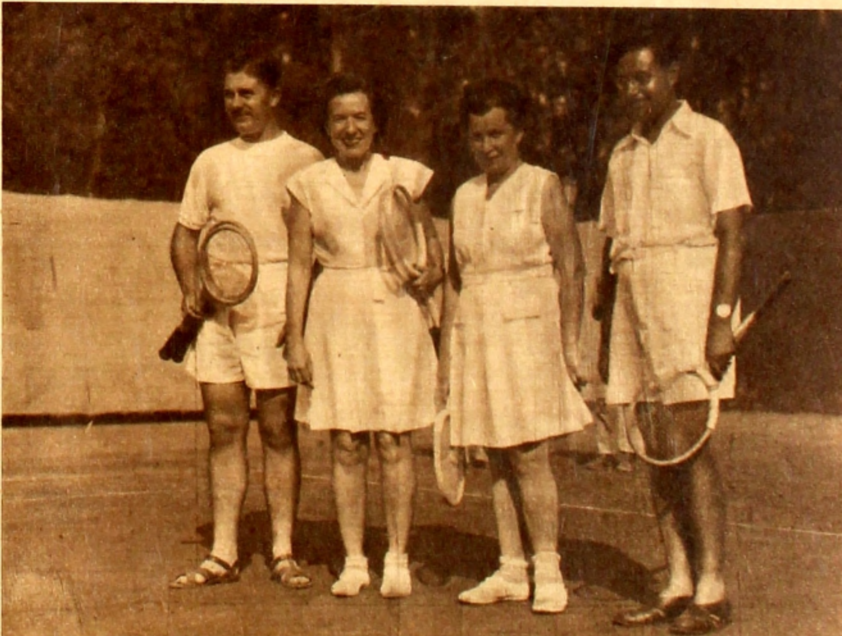
La pareja argentina en dobles, finalista: Lina Elli y Augusto Zappa.



Finalistas en dobles mixtos: A. Zappa, Lina Elli (argentinos) e Irma Covarubias y Ricardo Balbiers, chilenos.



Señorita Irma Covarubias, del representativo chileno.



El representativo uruguayo, de lucida actuación. Jacques Sauval, Sra. Victoria Marés de Rodríguez Riet, Sra. M. K. de Gottesman y Federico Bacher.



"LA ULTIMA CHANCE"

Anuncia Metro el estreno de la primera producción extraordinaria de origen suizo, hablada en siete idiomas, "La Ultima Chance", considerada la mejor producción europea de 1946.



"ORO EN EL BARRO"

Exhibe actualmente Cine Metro, la producción M. G. M. en versión doblada en castellano "Oro en el barro", con la intervención de William Powell, Esther Williams y Angela Lansbury.

ESTAMPA DE PUNTA DEL ESTE

por FOSSEY

LA PLAYA BRAVA

EL FARO Y EL CINE

LA PLAYA MANSA

PIERRE FOSSEY

PUNTA DEL ESTE Febr. 1947

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

SACRIFICIO



















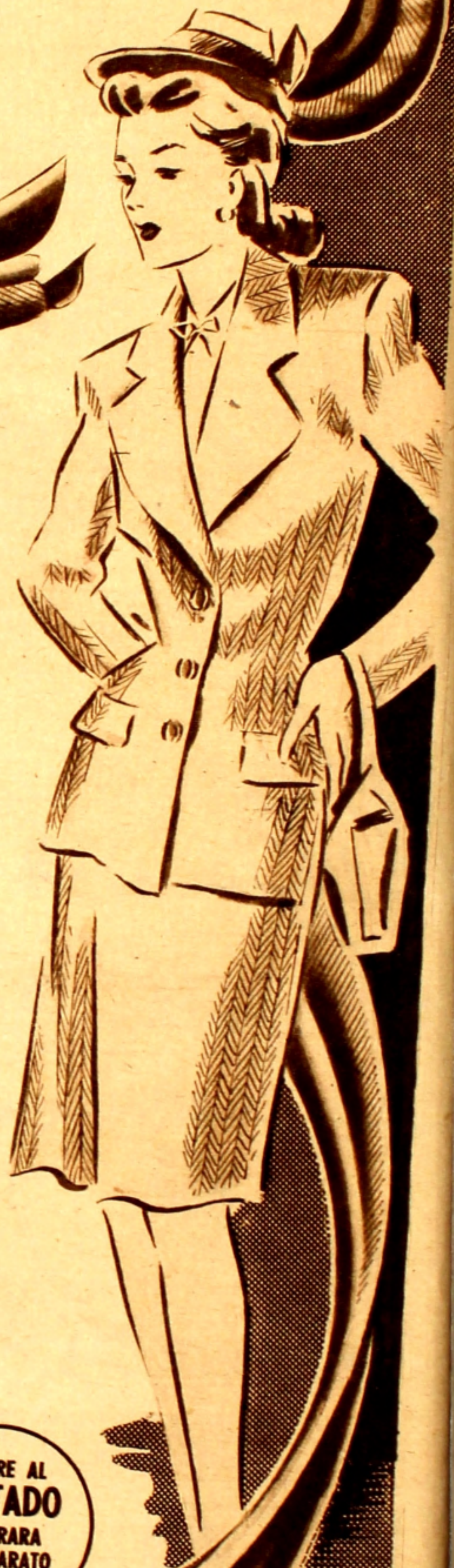


Casa Soler

Para la media estación

SELECTO CONJUNTO DE

GENEROS DE LANA



Presentamos Géneros de Lana, selecta variedad, en todos los colores de moda

GENERO de LANA $ 1.40
EXTRAORDINARIA VARIEDAD DE COLORES. ANCHO 0.70

GENERO de LANA $ 1.70
GRAN RECLAME. ANCHO 0.75

GENERO de LANA $ 2.40
PEINADA EXCELENTE CALIDAD. ANCHO 0.80

GENERO de LANA $ 3.20
VERDADERA OPORTUNIDAD. ANCHO 1.35

GENERO de LANA ANCHO 1.40 $ 4.20
UN BUEN TEJIDO A UN PRECIO MUY CONVENIENTE

GENERO de LANA $ 4.80
DISCRETO LABRADO. ANCHO 1.40

GENERO de LANA $ 5.20
PARA VESTIDOS DE MEDIO TIEMPO. ANCHO 1.40

GENERO de LANA $ 5.50
COLORES DE RIGUROSA MODA. ANCHO 1.40

GENERO de LANA $ 5.80
PEINADA MUY BUENA CALIDAD. ANCHO 1.40

GENERO de LANA $ 6.00
TEJIDO LISO MUY SUPLE. ANCHO 1.40

JERSEY de LANA $ 9.50
SUPER CALIDAD IMPORTADO. ANCHO 1.30

COMPRE AL CONTADO COMPRARA MAS BARATO Y MEJOR

Por sargas para uniformes de colegiales, consulten nuestros precios

POR LA LICENCIA ANUAL DEL PERSONAL CERRADO TODA LA SEMANA DE CARNAVAL Y TODA LA SEMANA DE TURISMO

EN NUESTRAS TRES CASAS

SUC. GOES	CASA MATRIZ	SUC. CORDON
Av. Gal. FLORES 2341	Av. AGRACIADA 2302	Av. 18 DE JULIO 1601
Esq. M. BERTHELOT	ESQ. M. SOSA	Esq. CARLOS ROXLO